

Miradas subversivas

Sergio Fernández

El viaje del que ahora pretendo una “reconstrucción” en principio ha sido para perseguir, en Europa, las huellas de sor Juana, de la que encontré (en el verano de 1991) el poemario llamado *Enigmas en Lisboa*, al parecer inédito pero ya publicado —sin yo saberlo— como si se tratara —por parte del erudito— de un poeta ocasional, sin el apoyo de una crítica valorativa y consistente. En principio parece indispensable, por ello, un estudio en el que se contemplen los poemas en sí mismos, morfológicamente, no sólo en su historia filológica ni en su ambiente social o religioso. Por su parte el hallazgo me hizo cavilar en la posibilidad de encontrar otras pepitas de oro y allá voy —iluso—, en febrero del 95, para también llegar a tiempo al Carnaval de Venecia y matar así dos pájaros de un tiro. Poesía y frivolidad poética unidas, ¿no valen cualquier misa para ganar Italia, una Italia artística y a medias aprehensible, además de una sor Juana ausente?

195

La reconstrucción a la que me refiero es ilusoria pues al fin y al cabo el pretérito no sólo se fuga sino que se transforma, de modo que al recuperarlo nos juega la mala pasada de entrelazar lo cierto con lo falso adulterando lo que fuimos, si bien conservamos algunos puntos —tal vez fundamentales— sobre los que gira nuestra vida, cuyo único sentido acaso sea redibujarla en el pizarrón de la memoria. El apresamiento de este viaje es, pues, un pasado que, como aluvión, resbala agregando capas de fantasía que al propio tiempo corren afirmándonos o desmintiéndonos; subrayándonos o infamándonos, de modo que el resultado es lo que se refleja en una enorme pantalla: imagen, y sólo imagen, de nuestra figura anterior, el pretérito como única vida... si la reencarnación no existe.

Pues está lejana y yerta, se quiera o no, la materia que nos alimenta el escribir: “Que cada uno de nosotros —también el escritor— esté radicado en una situación dada, en una clase, en un conflicto histórico inevitable, es verdad. Pero es cierto también que, cuando se toma la pluma para narrar verdaderamente, todo ha sucedido ya, se cierran los ojos y se escucha una voz silenciosa que está fuera del tiempo”, dice Cesare Pavese con precisión pasmosa dos años antes de su muerte, un suicidio en un hotel de Turín por alguna causa que desconozco, ya que en un punto determinado de la vida

“todo ha sucedido ya”. Y precisamente escuchar la voz fuera del tiempo acaso sólo se logre al abandonar la existencia.

196 Este texto es pues el intento de una recuperación: la de situaciones ya muertas a menos que sean rescatadas por la literatura, nuestro salvoconducto si queremos comunicarnos con lo ajeno. Pero como conferencias y viajes se me han ido sin huella, ahora pretendo que permanezca aquí el más reciente, el más placentero acaso de los que jamás he vivido (que aglutina en cierto modo los demás), todo en un pestañeo, tal como avizora la vida que vivimos, al parecer dejándonos en puntos suspensivos. Por lo demás, si tantos extranjeros han escrito sobre nosotros ¿no es ya tiempo de ocuparnos de ellos? Reyes o Pellicer, Owen o Novo están ya lejos; pero la cauda de bitácoras de viajes (inventados o reales) valdría por sí misma un volumen conmemorativo. Empero, entre nosotros faltan las memorias, las epístolas, las meditaciones sobre el exterior de la república y el extranjero. Una mirada americana hacia afuera es siempre refrescante, a pesar de que ni ella ni ninguna otra logre abarcar un poquito más en lo profundo y se quede en lo que flota sobre la superficie.

Pero hay demasiadas manos en la pila de agua bendita que es la monja. Tal parece que ahora es el momento de investigarla *ex cordis*, hurgando en las cosas que surgen y están por surgir, pero al mismo tiempo nos rechaza zambulléndose en su océano plagado de verdades, mentiras, desconocidos procesos interiores y algunos más —externos— que nos modelan su figura, fugitiva como es el corro de espíritus barrocos, sus contemporáneos, complicados y altivos a la manera de sus versos.

Enrique Martínez López “descubrió” los enigmas que yo creí encontrar por vez primera, dada mi ignorancia y la poca difusión del escrito; por su parte Alatorre los tenía, sin saber que yo me habría de adelantar a publicarlos en el 93. El amasijo se produce porque de la monja se han de encontrar aún documentos valiosos, como atestiguan los descubrimientos de Elías Trabulse —*El enigma de sor Serafina de Cristo*, nombre “de guerra” de sor Juana, en carta dirigida a su destinatario para defenderse... con máscara. Pero no ignoramos que a sus finales estuvo presionada tan severamente por el pestilente Aguiar, que se quedó en la inopia económica y moral, rendijas ambas para atisbarla sin que nos observe. No voy más allá, pues mi libro no es una indagación sobre ella, como se verá. Intento decir en cambio que se ha convertido en un pez, donde “a río revuelto...”. Por ello los sorjuanistas actuales seguirán excavando aunque ella además necesite de nuevas y precisas investigaciones, que —no exentas de imaginación— la pongan frente al lector contemporáneo y... ¡adelante! Pues las generaciones jóvenes son más inquisitivas e inconformes que las nuestras. Por eso —de bucear— se encontrarán con

un espíritu burlón y amargo, armado desde los pies hasta los dientes, a manera de un tiburón maldito.

Sin embargo reitero que hace más de cuatro años me encontré con los *Enigmas* en la Biblioteca de Lisboa. Fue una circunstancia casual en tanto que, al inaugurar un curso sobre literatura iberoamericana para la Facultad de Letras, conocí a un estudiante que a su vez me presentó a Fiamma Hesse Pas-Brandau, poeta reconocida en Europa, quien me convidó a cenar a De Dua am Rua, un restaurancito del Barrio Alto, perdido entre callejones viejos y muy bellos, farolas y un vecindario populoso que vive Lisboa apasionadamente como dictan sus Fados, casi todos cantados en baresuchos para parroquianos, donde cada uno se apresta a cantar, entre oportos corrientes y respeto de duelo mientras se entona la melodía en turno, nostálgica como los ojos portugueses de *La Dorotea*, verdes lascivos, de alma compleja y fatua, que Lope los designa para mirar en ellos una lujuria abierta.

197

Fiamma es una mujer sofisticada, tanto que parece —como un lebrél de alcurnia— siempre estar de perfil sean cuales sean sus flancos. De elegantes modos cortesanos, responde a esos lusitanos cultos, introvertidos, que al irse de nosotros corren una cortina de vientos para no vernos más. Habla sin que se le oiga y tanto menos se le entienda, metida en un gruta donde relampaguean sus ojos de marta cibelina o de un organizado perro de las llanuras.

Días después le mandé *La copa derramada* —sobre los sonetos de amor de sor Juana— y ella me correspondió con una tarjeta personal para que yo asistiera a la sesión de manuscritos donde me tropecé con unas copias del poemario, fechadas en 1695, año de la muerte de la jerónima. Como a los europeos —portugueses, españoles y algunos más— no les importamos mayormente, obvio es que sor Juana y lo americano dormían el sueño de la negligencia desde varias centurias atrás. ¡Vaya sensación tener aquellos papeles vivos en las manos para que me hablaran de lo que hizo sor Juana después de partida la condesa de Paredes de Navas a Madrid! ¿Qué fue de María Luisa? ¿Murió en la corte? ¿Siguió escribiéndose con su lejana amiga o la olvidó después de publicarla?

La tarea es fascinante no para el erudito (que ya sabe su cuento al manosear libracos gritoneantes) sino para alguien como yo, tan frívolo y tan ignorante, que es como llevar a un niño a un escaparate de juguetes que no puede comprar, pero que se aleja y pierda a sus padres, atontado por la maravilla. Es mi caso y el de una novela de Henry Green donde ocurren dramas insignificantes mezclados a la gravedad de la vida. Entonces, entre tantos legajos, estaban unas redondillas cuyo original, por deducciones simples, no se quedó en Lisboa sino fuera, en otra ciudad portuguesa o en Andalucía, tierra de los ex virreyes de la Cerda, emparentados con los Medinaceli.

A las redondillas me es más fácil pensarlas en algún sitio particular —un archivo, quizás— de aquí o más allá; más —digo— que en manos de descendientes de alguna religiosa portuguesa, de las muchas que aplaudieron los versos al recibirlos muros afuera de la vida. La propia duquesa de Aveiro (amiga epistolar de sor Juana; aristócrata portuguesa de trágico sino familiar) pudo haber ocasionalmente recibido las copias del poemario de la señora María Luisa de Paredes, quien fue su poseedora original, en Madrid, persona, ya lo dije, que se pierde en la Corte (a su regreso de Nueva España), con una bodega de secretos que se llevó a la tumba, porque al parecer ni rastros de ella ni de la sor Juana que quiso y protegió.

198

A estas alturas nadie ignora que la condesa le contestó con un “Romance” escrito de su puño y letra en agradecimiento de la joya. Presumiblemente lo envió a su prima a España (pues a lo que sé la duquesa de Aviero no vivía en Portugal) o directamente a un grupo de monjas a Lisboa, quienes formaron la Casa del Placer, nombre que las amparaba a ellas, entretenidas en los pasatiempos de la poesía, de las conversaciones y tertulias; de corros donde se leyó lo que en turno religiosas o legas escribían para fortificar la cultura femenina de la época, por lo visto rica y, en ocasiones, deslumbrante.

Como ya los *Enigmas* habían sido, como dije, publicados, me lancé a otros sitios, esta vez al Escorial (donde los originales de sor Juana han sido presumiblemente saqueados) y la Biblioteca Nacional de Madrid. Allí —como todos sabemos— se encuentran ejemplares de sus primeras tres ediciones, sin agregar nada importante como no sea el manuscrito de la *Biografía* que le hizo el padre Calleja a la religiosa mexicana, más bien un “apunte” manuscrito sorpresivo y original, intensamente generoso pues la conoció sólo de oídas, maravillados acaso por la lectura de sus versos o por deudas de amistad con la propia ex virreina, a la que quiso recompensar aplaudiendo a su amiga. Después fui a Coimbra en cuya biblioteca revisé un fichero en el que extrañamente hay, bajo el rubro de sor Juana Inés de la Cruz, documentos sobre el padre Vieira (o del padre Vieira), el famoso humanista jesuita a quien sor Juana rebatió sobre las finezas de Jesucristo; escrito —la *Atenagórica*— que tantos problemas le causó a la jerónima como pretexto para ataques ulteriores más abiertos y descarados por parte de la Iglesia y que la llevaron a su trágico fin, apestada y revolcándose de dolores, vómitos y arrepentimientos, estos últimos de los que jamás hubo experimentado nunca antes: me refiero al arrepentimiento de vivir.

No tuve tiempo para ver los originales mismos, pero allí están esperando que alguien —con más curiosidad que yo— los saque a la luz para ver los escondrijos de ambos religiosos, sin fin, como el *Laberinto de Creta*.

Lo cierto es que si Vieira y sor Juana con el pretexto de Jesucristo llevaron el erotismo a alturas y sutilezas prodigiosas —que naturalmente

se entrelazan al amor humano— bien vale la pena estudiar (cosa que ya se ha empezado a hacer) las finezas de Eros en los dos, que en una u otra forma asaltan al lector con su alacena cargada de sorpresas, tan amplias que la moral de la época debió haberse visto impresionantemente capturada, sin saber opinar, pues un material religioso no fácilmente lo permite. Por eso ciertas y famosas autoridades de la Iglesia son puntos de referencia —o de pretexto— para que sor Juana y el jesuita, a propósito de Cristo, digan qué extrañas sutilezas nos presionan el alma para no naufragar antes de tiempo, es decir, antes de la muerte final porque las otras muertes —diarias— pasan inadvertidas o con sus dedos de hielo nos tocan levemente sacándonos, empero, escalofríos del espinazo. ¿Y qué mejor que aferrarse a Jesucristo para que con la fineza (o la carencia de ella como prueba de barroco amor) nos rescate de las zonas abismales del pecado original?

199

Por lo demás quede entreverado el Carnaval (un espectáculo único, sin más apelativos posibles) y ociosidades de todas para que mis cuadernos cumplan un propósito cierto: el de escribir un viaje o las memorias que soportan un desplazamiento que a su vez suplantaría cartas que al respecto me hubiera gustado enviarle a algún amigo virtual o ya difunto; o a uno más, que esté por llegar a mi más íntimo recinto pues las misivas debajo de la puerta siempre son anheladas.

Pero sea como sea el hilván de este libro —no el meollo— será sor Juana ya que, después de asistir al Carnaval, Malú Bloch y yo bajamos a Florencia y después a Roma para buscar, en la Capital del Mundo Antiguo, más y más rastros que se esfumaron a tiempo de ser perseguidos, a la manera —diría yo— de la luz del Santo Grial; luz escapada en el momento de quererla apresar por el alma, manchada siempre de pecados y de sobresaltos. Esta luminosa centella, como todos sabemos, es la inmortalidad, pero ¿la buscó sor Juana confundiéndola en esta vida con la fama o, llena de triunfos, enemistades y dolor del espíritu aspiró a la otra, la que la esperó en el Más Allá?

Mas desciendo de tan grandes alturas para hablar de mis frustradas investigaciones. Me refiero a la revisión que hice de la Sección de Manuscritos del Vaticano así como a mi búsqueda en el Archivo de Propaganda Fide. De allí, con las manos vacías, Malú Bloch y yo tomamos un avión para ir a Andalucía a buscar lo que, por deducciones lógicas, debía estar ya que los duques de Medinaceli, emparentados con el ex virrey de la Cerda, sientan su poderío aún hoy en la propia Sevilla y en Toledo, lugar de alcornia y sangre, donde precisamente ahora acaban de trasladar el Archivo para gran algazara de la comunidad andaluza, traicionada al saber que los documentos se sacaron de noche, a escondidas de toda mirada indagadora.

No supe a dónde me metí ya que de la monja sabían de oídas, y a los demás —incluidos los virreyes, como ya se verá— de un golpe los Medinaceli los descartaron por nobles segundones, de quienes ni supieron ni quieren saber pues la aristocracia usó con ellos de un doble guillotina: moral y de rango.

200 Pero en Roma, donde en el Vaticano me encontré con un búncker montado en un protocolo a lo Verdi, no hice sino asombrarme de esa parafernalia inmunda. En los manuscritos —así como en el Archivo de Propaganda Fide— me dije que deberían estar tales y tan anhelados documentos, ya que son las mayores bodegas con las que cuenta la Iglesia católica pero... chasco. En cambio en la Fide hay lo que se llevó a cabo en los cuatro puntos cardinales de la Tierra, inagotable horizonte de trabajo eclesiástico. Las noticias del clero menudean en una llovizna de siglos y por ello mismo empapan —en forma espeluznante— los hombros de gente como yo, tan alejada de la religión pues a fuer de católico por nacimiento poco le importa a mi alma el cristianismo pues la tengo pagana, de indecisos orígenes y poblada de manchones oscuros.

Y como en realidad la ciudad de México fue un enorme monasterio rodeado de indígenas y una corte de blancos, la Fide está al alcance de la mano para rastrear lo que se quiera, a sabiendas de que el resultado será contemplar nuestra historia como el yugo que —con recesos y alternativas— a nuestra vida le ha colocado la Iglesia además del otro, el que, hace medio siglo, la política partidista —ahora presumiblemente a punto de estallar— le impuso como una mordaza entre vil y cortesana, siempre disfrazada. Pero sea como fuere hemos estado, como pueblo, anestesiados desde siempre: Coatlicue, la Guadalupe, el virrey, dos emperadores, Francia, los Estados Unidos, así como nuestros presidentes, plenos de vicios y de autoridad látrica. Endeudados con el mundo entero; rastreros y serviles con los gringos, ¿no tendremos capacidad de educación, de madurez histórica, de libertad?

Sor Juana, por su parte —ya lo dije—, en plena huida. Los italianos (me refiero a los que conocí en los Archivos) ni asomos de ella, ni de la Colonia, ni de México, a excepción hecha de las amarillentas noticias político-económicas de los diarios y de sorjuanista puntillosos, amigos míos en Roma y enamorados de ella, la jerónima. Entonces concebí la idea de escribir este memorándum de viaje sin el menor asomo de amargura porque si no fue a mí a cualquier otro podrá aparecésele el fantasma de la jerónima, ya que no es propiedad de nadie, aunque así lo sospechen algunos de los que de ella se ocupan. Pues los clásicos son el mito de Sísifo: resbala la piedra al llegar a la cumbre, por lo que siempre serán nuevos *La Celestina*, *El divino Narciso* o *La Regenta*.

Pues no hay metáfora que no sea deslumbrante en sus metamorfosis constantes, de modo que novedad será sor Juana para un lector o incipiente o iniciado, es igual; siempre lavada y deslavada, imagen a fin de cuentas de la vida, victoria de vientos y de remolinos.

Por mi parte si obligo a comparecer por escrito a este mi viaje último es porque me permite la entrada a una ruta literaria distinta, la de mis personales experiencias ante las artes plásticas: pintura, un sí que no de escultura y hasta un tris de arquitectura, todo como *dilettante*, diestro sólo en mirar no al azar sino después de una consciente y expresa voluntad de selección. Se trata, en una palabra, de lo que me enriquece y me deslumbra; de los objetos poéticos —valga decir artísticos— que me rondaron en el viaje a todas horas, aun las del insomnio que me carcome al ignorar las causas por las que estoy abandonado en el Cosmos.

201

Pero como la existencia es siempre sorpresiva —con sus mentises de por medio— hablaré también un poco de mi vida cotidiana, flexibilizando chuscamente mis notas, que llegarán, como acostumbro, al desfiguro, justo en Roma, cuna de pornografías y de belleza. Por eso sor Juana —como un motivo de mi mínima empresa— se infiltrará cuando menos se piense, pero siempre como una figura hecha en dos materiales, ya que se trata de una mariposa con estructura de platino.

Cuadros de caballete, murales, iglesias, museos, capillas, claustros, interiores o exteriores de todos pasarán por mis ojos, afiebradamente, pues así es el viajar, no sin el dolo de la meditación que he hecho durante muchos años de mi vida, ya que a propósito, por ejemplo, me quedé hace unos años en Roma más de lo previsto para viajar y ver posteriormente, en Mantua, La Capilla de los Esposos. Después llegué a París antes de mi reclusión en Alemania; clausura llena de museos, fantasmas interiores y desperdigadas obras de arte en una ciudad aún con los escombros dejados por los bombardeos gringos de la Segunda Guerra; ruinas entre las que hubieron veintiún iglesias románticas. Todo comunal e individualmente infernal, tal como se refiere en mi *Segundo sueño*, cuarta de mis novelas. También un corto viaje a Colmar para conocer el Retablo de Isenheim, de Grünewald, donde de paso estuve en esa disputada y sangrienta ciudad que es Estrasburgo, cuyos canales lo son de cisnes blancos. O mi ida a Padua, a visitar la Capilla de los Scrovegni. O haber estado en Zaragoza sólo para ver la bóveda consagrada a la Virgen del Pilar, de Goya. Queden para otra ocasión quienes —como Rafael o Leonardo— se me ocultaron en este viaje último.

Se va por lana y se sale trasquilado, dice el refrán. Por sor Juana me displicé y a cambio de una ausente experiencia de investigación (a la que jamás fui afecto) me entusiasmé con estos papeles de viaje, cotidianos, que

tanto bien me proporcionan. Ella se me escapó acaso diciéndome, con su silencio, que ya no me ocupe, que la deje tranquila; que ya basta de homenajes, de manoseos, pero también de invenciones como las que yo he escrito. Que basta, que basta ya.

202 Pero la jerónima es persistente y, como el agua, entra por todos los resquicios. Ella obliga, con su seducción, a que uno la persiga al parejo de la propia ambición, ya en bibliotecas o en lugares privados, acto —el de la lectura— fuertemente cargado de una energía que valora y al mismo tiempo envejece el espíritu. Pero ¿cómo no perseguirla si es un ser absolutamente excepcional? Solitaria mucho más que aislada, manipuladora y soberbia, falsamente sumisa y recóndita, Sor Juana se nos entrega voluntariamente, es cierto, pero con sus muchas barreras porque está empeñada en ser la jauría y el unicornio a un tiempo ¡Y qué arduo, cuando no imposible, quitar del camino los obstáculos! Al fin y al cabo nos queda la monja misma, incomprensible, incompleta, inapropiada para afinar nuestras meditaciones sobre ella, a su vez inacabadas siempre.

Por otra parte recuerdo cuando años atrás en Roma solía subir a los giardini de la Villa Borghese a intentar leer a Boccaccio en ese hermoso territorio que está en lo más alto del Pincio. Por supuesto en toscano entendí un porcentaje anémico, pero aun así capté su desenfado, su humor inteligente y su dejo insolente. Por esas épocas supe que a Quevedo, a Calderón, a Cernuda o a Villaurrutia los puedo llevar bajo el brazo o leerlos en México. Que a un sexteto de Schubert, o a una sonata de Schönberg los oigo en una sala de cualquier parte del mundo, donde vaya, o a solas en discos milagrosos. Son artes portátiles. Sé que en cambio una ciudad como Gante o Brujas no son para verse en tarjetas postales y que por eso Varsovia, inspirada para reconstruirse en Canaletto (un descendiente del “grande”), da compasión y un poco de ternura, después, claro, del exterminio nazi y la no menos inmisericorde invasión soviética, ahogada por la integridad del pueblo más íntegro de Europa. Rusos, alemanes, suecos y mongoles la han profanado. ¿Envidia? ¿Maldad? ¿Sed de poder? Los polacos son genios de su nacionalismo, hecho de punta de diamante.

No puede uno tampoco referirse a Malinalco, Teotihuacán o Delfos sin haber estado en tales sitios. NO es sólo ver: es oler, es tocar el cerro, el descampado o los olivos junto al mar. El barroco quiteño o el sevillano, un cuadro de Van Eyck o las altisonancias de Tiepolo deben verse cara a cara, en el original. La novela de Proust no se entiende sin observar con lupa *El atardecer de Delft* o *Los nenúfares*, a los cuales recrea el escritor con el atrevimiento de volverlos distintos ya que la pintura —o lo que él toque— se convierte en literatura resbalosa apoyada en memorias, acaso las más deslumbrantes jamás, nunca, escritas.

En cambio la fotografía que capta la plástica nos regala un cuerpo, pero muerto. No hay luz de Ver Meer o de Turner que se entregue por ese medio. Jamás es igual contemplar al *Cristo de Goya* en reproducción que verlo en el Prado, inverosímil en su estar en el mundo, sin cuidado de su Crucifixión, exhibiendo su cuerpo, al abrigo de una belleza ambigua, sexual. Es un hombre muy joven, con el torso de una mujer sin senos, el bello rostro enmarcado en una barbilla rala, rubia, encajada en un cuerpo cuya musculatura —hecha de luces— no nació para orar precisamente frente a él sino para acariciarse, manosearse y si se puede tragárselo después de haberlo rasgado con los dientes.

Por eso este cuaderno —insisto— va por el lado de la plástica, lo cual me perturba alentándome para vivir porque al arte lo siento en carne propia aunque se trata de una existencia desdoblada. La literatura en cambio me estremece porque no logro aniquilar una parte malsana que hay en mí; se me mete hasta el hueso con el dolor de un reuma pues algo tiene en común con las enfermedades incurables. Estoy consciente, empero, que al escribir sobre arte lo deformato, pero no se trata de bordar tediosos duplicados. La distracción me lanza sin embargo al ensueño de considerar que pinto o esculpo, como una realidad engañosa que se quita la máscara a tiempo de llegar hasta mí y abrazarme calladamente para decirme: “Éstos son tus cuadernos de viaje, una invención que no te constriñe a la literatura sino a una plástica que es, ya que la escribes, sólo literatura”.

Debo agregar que en esta época leo poco y que jamás me intereso por novedades literarias. Sin embargo hago relecturas, como sucede con las amistades muy viejas, a las cuales hojeo. Shakespeare, como obsesión, me persigue últimamente, aunque confiese que *La tempestad* me marea pues se desplaza de la cubierta de los barcos aporreados por el mal tiempo hasta llegar a anónimas islas entre ventiscas y vientos arrasantes. Es una autobiografía de la poesía, más que del poeta; también la necia alegoría del poder, como casi todas sus tragedias, hasta la de un viejo alocado, como Lear. Pero de pronto también se me cuelan Valéry, Pavese, maravillosos trocitos de Dante, el olvidado Wilde o las cartas de la Woolf a sus más turbulentas amistades. Y como una metáfora, en estos tiempos, es demasiado para mí, prefiero discos, televideos sobre el mar y quedarme largas horas contemplando la vida, además de que la experimento expurgándola al máximo en mis ocios nocturnos, “a solas, en celada”, ya que los místicos son la lección que se nos da para vivir cara a cara con la orfandad.

Estar enterado es falta de imaginación, dice Edmundo O’Gorman, con verdad y sin mayores prisas, siempre oportuno y sabio, aun para morir a tiempo. El enterarse es también parte de una memoria incapaz de adaptarse

a vuelos misteriosos como el de la poesía. Pero al propio tiempo y a pesar de no estar “enterado” sé que ya no lo tendré para releer a los clásicos griegos, a Virgilio, a Dostoyevski. Si a todo ello le añado que lo estrictamente externo —como la vida social—, o lo erótico —como una aventura en Brasil— se angostan y adelgazan avanzada la edad, como remanente queda la intimidad, vivida en dosis cada vez mayores que se concentran en el aislamiento. Por eso hay trueques: la pasión se cambia por la libertad, el dinero por ocio; la salud por una ternura dirigida a la Naturaleza: animales y plantas aunque pudieran también darse piedras, no necesariamente preciosas sino las que sirven para adivinar el porvenir. A esto le llamo una gota de felicidad admirablemente bebida, por dos, en un único vaso parecido al de *Muerte sin fin*, el mejor poema trazado sobre un mapa celeste, pletórico de “peces del aire altísimo / los hombres”.

Aclaro algo que me importa y que aparentemente no viene al caso, pero este libro pica de aquí y de allá: mi interés por las plantas es de piel, vivido puntillosamente. Son altaneras, quejumbrosas, pedantes. Tienen una solemnidad comparable sólo con su delicadeza, pues que todo las daña, hasta moverlas en un mismo jardín. Los helechos me recuerdan al romanticismo americano, un “toque” cultural enojoso e inexistente. Los cactus a la Revolución mexicana y a mis viajes por tren, de adolescente, a Guadalajara. Las orquídeas a Montgomery Clift, cuyo espíritu carcomido no le permitió vivir para gozar de su belleza inhóspita. De los árboles, sé que se parecen a los caballos: frágiles, pajareros, nerviosos. Los gatos (de los que ahora tengo tres) son seres excepcionales ya que transitan de lo doméstico a lo jamás domesticable desdiciéndose en forma permanente porque no se reducen a sí mismos, ni tampoco hacen movimientos que no destrocen el instante que los ha antecedido. Fuera del momento de dormir, jamás son predecibles. Me parezco a ellos en su curiosidad constante; en su ferocidad agazapada; en mi séptima vida, a punto de finalizar. Son como plantas carnívoras en movimiento, a caza de lo desconocido, como son mis borrones.

No sé, naturalmente, cuál sea mi máxima atracción en este recorrido pero va por el lado de lo almacenado, muy lejos —paradójicamente en lo inmediato del recuerdo—, sean las planicies de la Mancha —viajando por tren de Granada a Madrid—, un carnaval en Venecia, un atardecer sobre el Arno, la luna vigilando la carcoma del Coliseo, la Alhambra o este diario de viaje que brota para decirme que también me importan un juguete mexicano, un globo o un velero sobre el lago de Valle de Bravo, un vino rojo o la pasta asciutta.